

**“JESUS, LA MUJER SAMARITANA, Y LA SABIDURIA DEL PAPA  
FRANCISCO”**

**Obispo Emérito Ricardo Ramírez, C.S.B.**

**Southwest Liturgical Conference**

**Amarillo, Texas – 22 de enero de 2015**

La historia en el evangelio de San Juan sobre el feliz encuentro entre Jesús y la mujer Samaritana debe ser de mayor interés para las personas que aman y que promueven la liturgia y la vida sacramental de la iglesia.

Es una de las obras maestras literarias más importantes en el cuarto evangelio, junto con la historia del hombre que nació ciego y la resurrección de Lázaro. Con razón estas historias juegan un papel clave en el proceso catecumenal.

Estas historias están repletas de drama y emoción, y al desarrollarse la narrativa, quedamos igual de cautivados como los primeros oyentes de este evangelio. Hace mucho tiempo, aprendí que al leer los evangelios, es útil ponerme en el lugar de los personajes bíblicos.

Así que, en el caso de la mujer samaritana, ¿cómo puedo ser parte de esa historia? ¿Con qué parte de la historia me puedo identificar? Yo no soy un

catecúmeno, soy un creyente. Pero sigo teniendo la necesidad de una conversión e iluminación continua. Muchas veces llevo mi cubeta vacía al pozo de las aguas de la vida eterna. Y quiero vivir una y otra vez “la alegría al sacar el agua del manantial de la salvación” (Is. 12:3).

Nosotros sacamos el agua de las riquezas que la vida sacramental nos ofrece, especialmente en la eucaristía, como también en los otros sacramentos. Por ejemplo, nos acercamos a la eucaristía con corazones arrepentidos y con el deseo de dejar atrás el pecado y de aceptar la gracia que viene del Amor Divino. Escuchamos la Palabra de Vida ya que nos da la inspiración constante y la fortaleza necesaria para ser discípulos-misioneros, el nombre que se nos dio a los bautizados la conferencia de Obispos de América Latina en Aparecida y un nombre usado con frecuencia por el Papa Francisco.

Los catecúmenos y los elegidos se identifican fácilmente con esta mujer. Por cierto, la iglesia ortodoxa oriental la ha nombrado santa Fontina; su nombre significa “iluminada” o “luminosa”. Al seguir en su camino hacia el bautismo, los catecúmenos y los elegidos son invitados a reflexionar sobre el proceso por el que ella pasó para descubrir quién es Jesucristo. El es el don de Dios y aparece como el agua de la vida, la fuente de las aguas de la salvación. Ellos se apropian de las palabras del salmo 42: “Como la cierva sedienta busca las corrientes de agua, así

mi alma suspira por ti, mi Dios. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios viviente:

¿Cuándo iré a contemplar el rostro de Dios?” (Salmo 42:1).

Nosotros nos unimos a los catecúmenos, (que más adelante se convertirán en neófitos) al profesar nuestra fe, y la alegría de nuestro bautismo vuelve a llenar nuestros corazones. En la vigilia pascual, experimentamos al encuentro de la mujer Samaritana con Jesús. Juntos con ella, nos alegramos por encontrarnos entre los elegidos, elegidos a ser iluminados con un mayor conocimiento y amor por el Mesías, el Cristo enviado por el Padre. Con razón, escuchamos en la Vigilia Pascual el canto mas gozoso en el año de la iglesia: el Exultet. Alégrense, por fin, los coros de los ángeles, alégrense las jerarquías del cielo y, por la victoria del rey tan poderoso, que las trompetas anuncien la salvación. Alégrense también nuestra madre la iglesia revestida de luz tan brillante; resuene este templo con las aclamaciones del pueblo.

Cuando la samaritana se acerca al pozo, ella va en busca de agua, pero no se ha dado cuenta que su corazón deseaba el agua de la vida eterna. Sentía sed pero no sabía de qué estaba sedienta. Esa es la realidad entre las personas de nuestros tiempos. Las personas sienten sed, buscan, añoran algo más allá de su imaginación. Sus mentes y sus almas están tan nubladas por el ruido, el encantamiento y las promesas vacías del mundo.

Muy dentro de todos los que entramos en este mundo existe un deseo sagrado que menciona el padre Ron Rolheiser, O.M.I., usando las palabras de san Agustín, “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestros corazón están ansiosos, hasta que descansen en ti”.

Los salmos también expresan ese mismo deseo. Ya cité el salmo 42 con su hermosa imagen de la cierva que desea beber del agua viva. También tenemos el salmo 64: “Oh Dios, tú eres mi Dios, yo te busco ardientemente; mi alma tiene sed de ti” (v 2).

En sus libros, como en su libro *The Holy Longing (Sedientos de Dios)*, el Padre Rolheiser lo describe de esta manera: “Hay una soledad, una inquietud, una añoranza, un deseo, un anhelo, un apetito, una inquietud, una nostalgia...que no nos permite descansar...Cada uno de nosotros, más allá de algo que podamos identificar, tiene un recuerdo vago de alguna vez haber sido tocados y acariciados por manos más dulces que las nuestras”.

Y luego comparte con nosotros una imagen inolvidable: “Los antiguos mitos lo expresan mejor cuando nos dicen que, antes de que naciéramos, Dios besó nuestras almas y pasamos por la vida siempre recordando ese beso, de manera vaga, y midiendo todo lo demás en la vida por su pureza original, su ternura y su dulzura”.

Como discípulos-misioneros, catequistas o liturgistas, predicadores y ministros de los misterios de Dios, es nuestro deber ayudar a aquellos que sienten incertidumbre por sus deseos más profundos. Hay que facilitarlos y guiarlos para que puedan beber del manantial donde se encuentran la luz y la verdad.

Para prepararme para esta presentación, entrevisté al Obispo Mark Seitz de El Paso. Como ustedes han de saber, es un muy buen liturgista. Platicamos sobre el misterio en el que participamos cuando celebramos la liturgia. No podemos “controlar” o entender la Eucaristía completamente, no es una clase ni una obra de teatro. Rudolf Otto escribe que cuando nos acercamos al misterio de la Misa, entramos a la presencia del “*mysterium tremendum et fascinans*”. Nos entregamos y le rendimos homenaje a este misterio asombroso y a la vez acogedora, de la presencia de Dios e invitamos a Dios para que entre en nuestras vidas y que actúe sobre nosotros según su voluntad.

Cuando acogemos el despliegue de este Misterio y le permitimos a Dios que trabaje dentro de nosotros, somos transformados. El Obispo Seitz lo explica de esta manera: “...entramos al Misterio como personas separadas, dioses de nuestros propios universos – salimos como el Pueblo de Dios, un pueblo unido, con un sentimiento de humildad y de reconciliación. Dios transforma el “yo” a un “nosotros”.

Como discípulos-misioneros debemos ayudar a crear modernos Nicodemos que salen en la oscuridad de la noche de la incredulidad para hacer preguntas que finalmente los lleva a la verdad: “Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único” (Jn. 3:16).

Cuando vamos a misa, somos como la mujer que va al pozo sedienta o como Nicodemo que va a Jesús por la noche. Si en realidad encontramos a Dios, como lo hicieron la mujer y Nicodemo, entonces nunca más seremos los mismos. Nicodemo le fue fiel a Jesús hasta el final; dio cientos de libras de mirra y de áloes para el entierro; la mujer samaritana se convirtió en la primera evangelizadora, y según cuenta la leyenda, fue martirizada por su fe.

Los que experimentan el poder del encuentro con Jesucristo, ya sea en la liturgia, en el testimonio de algún creyente, o en un momento crítico de sus vidas, querrán compartir esa experiencia con otros. Cuando nos volvemos verdaderos discípulos, no podemos sino convertirnos en misioneros. En las enseñanzas del papa Francisco, hay un tema recurrente, y éste es lo que se encuentra en el documento final de Aparecida, fruto de la Quinta Conferencia General de los Obispos de América Latina. Como se sabe muy bien, Francisco fue el que encabezó la redacción de ese documento, así que no es nada sorprendente el hecho de que lo cita con tanta frecuencia. También aprovecha las riquezas que se

encuentran en *Evangelii Nuntiandi*, del Papa Pablo VI, la enseñanza más importante y comprensiva sobre la evangelización.

Uno no está totalmente convencido del evangelio si no se siente impulsado a compartirlo con otros. El discípulo por necesidad también tiene que ser misionero. El Papa Francisco dice, “Cada Cristiano es desafiado para evangelizar; cada Cristiano es misionero puesto que ha encontrado el amor de Dios en Cristo Jesús.” El discípulo siente la obligación de señalar a Jesús, “¡Mírenlo, miren a aquel que me ama incondicionalmente! ¡Miren a aquel que me ha perdonado y me ha restaurado! ¡Miren a aquel que siempre me acompaña y que nunca me abandona! ¡Mírenlo!” Y apuntamos hacia la cruz.

El desafío de una buena y auténtica alabanza, para que sea “en espíritu y en verdad” es lo que pasa después de la liturgia. Está totalmente bien que promovamos las liturgias que son bellas, que se hacen correcta y organizadamente, pero la manera en la que debemos juzgar la autenticidad y la efectividad de la liturgia es a través de lo que las comunidades de fe hacen **después** de que salen de misa.

El Papa Francisco está muy comprometido con asuntos que tienen que ver con la justicia y la paz. Como dijo hace poco mi amigo, John Carr, de la Iniciativa para el Pensamiento Social Católico y la Vida Pública de la Universidad de Georgetown, el énfasis del Papa sobre la misión de Jesús de “llevar la buena nueva

a los pobres, la liberación de los cautivos, la vista a los ciegos y la libertad a los oprimidos” puede enseñar el camino al pueblo actual. “Hoy día, esa es nuestra misión. No es nada nuevo. Pero el Papa Francisco le ha dado una nueva importancia, una nueva pasión, y yo diría, una nueva autenticidad a esa misión”.

No debe sorprendernos que el Papa Francisco siente esta pasión por los pobres, los inmigrantes, los olvidados y los “desechables”. Es el primer Papa del hemisferio sur y el primero de América Latina. En esas partes del mundo abunda la pobreza.

La celebración de la Eucaristía no puede ignorar el sufrimiento de los que nos rodean, no solo los que estén cerca, sino en todo el mundo. Hay muchos en el mundo que sufren, y no podemos celebrar como si todo estuviera bien. Todo no está bien. Tal vez tengamos la impresión de que las cosas están mejorando. No es así. La cantidad de personas que viven en la pobreza va en aumento y no está disminuyendo. La desigualdad entre los ricos y los pobres sigue creciendo en vez de irse reduciendo. El número de inmigrantes y refugiados alrededor del mundo ha incrementado a 230 millones.

Nuestra predicación, nuestras oraciones y nuestros cantos deben recordarnos que el amor que incluye la misericordia es lo que nos hace alabar en Espíritu y verdad. Le falta algo a nuestro culto si los que asisten a misa salen de la Eucaristía sin sentir preocupación por los necesitados.



El Obispo Seitz dice que es “imposible concebir una separación entre la alabanza de Dios y nuestro sacrificio en el servicio a los demás por la transformación por medio de la Eucaristía, nos empezamos a amar a Dios y al prójimo en verdad. Nos convertimos en el pueblo santo de Dios. Ya no podemos seguir callados mientras nuestro ‘otro yo’ sufre. Por lo tanto, nos convertimos en instrumentos de Dios en la búsqueda de la justicia”.

A muchos nos les agradan las segundas colectas, sin embargo, cuando pedimos donaciones para *Catholic Relief Services (CRS)* para la iglesia de América Latina, para la iglesia de África, o para la iglesia de Europa Oriental, o para la Campaña Católica para el Desarrollo Humano, estas son oportunidades para establecer una conexión necesaria entre la liturgia y el mundo. Tal vez la misa dure un poco más, pero el llamado a tener una segunda colecta para los pobres es parte íntegra y no algo pegado a la misa.

Mi Plegaria Eucarística favorita es la de las Diversas Necesidades IV, precisamente porque une nuestra oración al mundo real.

El prefacio contiene las siguientes palabras:

“Nos diste como Señor y redentor nuestro  
a tu Hijo Jesucristo.

El siempre se mostro misericordioso y para con los pequenos y los pobres,  
para con los enfermos y los pecadores, y se hizo cercano a los  
oprimidos y afligidos.

El anuncio al mundo, con palabras y obras, que tu eres Padre y que cuidas de  
todos tus hijos.”

Mas adelante, esa misma Plegaria Eucarística, continúa:

“Abre nuestros ojos  
para que conozcamos  
las necesidades de los hermanos;  
inspíranos las palabras y las obras  
para confortar a los que están cansados y agobiados;  
haz que los sirvamos con sinceridad,  
siguiendo el ejemplo y el mandato de Cristo.  
Que tu Iglesia sea un vivo testimonio  
de verdad y libertad,  
de paz y justicia,  
para que todos los hombres  
se animen con una nueva esperanza.”

No es necesario decir que la homilía es el lugar más indicado para entrelazar  
la liturgia con la vida, y no sólo para relacionarnos con Dios sino también para

recordarnos de nuestras responsabilidades con los demás especialmente con aquellos para quienes Jesús tenía una opción preferencial, o sea, por los pobres y los que sufren injusticias. La causa de la vida humana se extiende desde la cuna hasta la tumba como decimos, y con toda razón. Esto incluye preocupación por los niños, los jóvenes, los adultos y los ancianos, en cualquier circunstancia.

En su exhortación apostólica, *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco dedica mucha atención a la homilía, más de lo que yo he visto en cualquier otro documento papal. Dice cosas muy hermosas sobre la predicación durante la misa.

1. “La homilía une los corazones amorosos, los corazones del Señor y de su pueblo. Los creyentes guardan silencio y dejan que Él hable”.
2. “El predicador debe conocer el corazón de su comunidad y allí encontrar vivo y ardiente el deseo de Dios, y también dónde ese diálogo, que antes era amoroso, fue sofocado o no pudo dar fruto”.
3. “Nos recuerda que la Iglesia es madre y predica al pueblo como una madre que le habla a su hijo, sabiendo que el hijo confía en todo lo que se le enseña. Ambos la madre como el hijo se escuchan uno al otro. Allí se enseña y se corrige”.
4. “Nuestra predicación debe ser maternal: debe haber cercanía con el pueblo con un tono de voz cálido, con mansedumbre y alegría”.

5. “Cuando Jesús predicaba, veía más allá de las debilidades y caídas del pueblo. Predicaba con bondad y misericordia. Estaba lleno de la alegría del espíritu. Predicaba la belleza de las imágenes”.
6. “Nuestro desafío como predicadores es comunicar la verdad del amor de Dios y animar a que vivan vidas buenas llenas de alegría”.
7. “Nuestra tarea es ayudar al pueblo a desear la alegría del amor de Dios”.

Pero el Papa Francisco habla duro sobre aquellos que no se preparan antes de predicar. “Un predicador que no se prepara no es «espiritual»; es deshonesto e irresponsable con los dones que ha recibido”.

También dice que el predicador debe dedicarle tiempo a la orar con la Palabra de Dios, no sea que se convierta en “un falso profeta, un estafador o un charlatán vacío”. (!)

Hace tres años di una presentación en esta conferencia y dije casi lo mismo. Use una imagen de la Eucaristía que me sigue llenando de fascinación. Es la imagen de la espiral cósmica. Quisiera repetir lo que dije durante aquella conferencia en Dallas.

Lo más interesante es ver cuántas veces aparece la espiral en la naturaleza y en el folklor antiguo e indígena. Las espirales se ven en el arte celta, los petroglifos de los indígenas americanos, las líneas de los dibujos enormes Nazca, la arquitectura árabe, los jardines japoneses, los textos hindúes espirituales, los

dibujos aborígenes de Australia, y en el arte africano. Lo vemos en el laberinto. Observen las formas de los huracanes y los tornados, el crecimiento del helecho, el diseño de las hojas de algunas plantas, la concha del nautilo y la figura del hélice de la molécula del ADN. Como podemos olvidar nuestro pequeño planeta girando por el espacio entre millones de estrellas que conforman la Vía Láctea, y su movimiento que forma una espiral colosal.

Para mí, la Eucaristía, es como una espiral, tiene dos fuerzas de energía: una que nos llama hacia el centro y la otra que nos impulsa hacia fuera. La forma de la espiral me recuerda a la Eucaristía que nos reúne en el centro de nuestro mismo ser cristiano, que claro, es la Persona de Jesucristo. A la misma vez, al terminar la Eucaristía, nos envía a los confines del mundo, como fueron enviados los apóstoles para encender en llamas al mundo con la Palabra del Evangelio y el Espíritu de la Resurrección.

Todos somos llamados a acercarnos al centro, al origen, a la fuente de la vida, el agua viva de la cual venimos. Como les dijo san Ignacio de Antioquía a los romanos, “Muy dentro de mí escucho el manantial de agua que me dice: “!Ven al Padre!”. Este es el llamado a acercarse a la Eucaristía, a la mesa del alimento sagrado, que nos invita a comer y a beber y a disfrutar de la hospitalidad de Dios mismo.

Pero una vez saciados y después de beber de la fuente de la gracia, somos enviados a proclamar la invitación y a anunciar la buena nueva, el evangelio, la victoria del Rey y a decir “No importa cuál sea tu pecado, tu pasado, la opinión que tengas de ti mismo, lo que hayas o no hayas hecho, alguien murió por ti. Ven y sé acogido por el amor de Dios”.

En su última exhortación apostólica, *Sacramentum Caritatis*, el Papa Benedicto XVI sugirió fuertemente que se incluyeran palabras adicionales al rito de despedida de la Eucaristía. En español, se ofrecen estas opciones:

- “La alegría del Señor sea nuestra fuerza. Pueden ir en paz.”
- “Glorifiquen al Señor con su vida. Pueden ir en paz.”
- “En el nombre del Señor, pueden ir en paz.”
- “En la paz de Cristo, vayan a servir a Dios y a sus hermanos.”
- “Anuncien a todos la alegría del Señor resucitado. Pueden ir en paz.”

El Papa Benedicto sugiere estos textos para recalcar la conexión entre la Eucaristía y la manera en que vivimos nuestras vidas.

En la Eucaristía nuestra fe se inflama para encender al mundo con el amor divino...y a ser lo que somos llamados a ser: canales del amor de Dios, de su vida, de su gracia, ¡de su gozo!